Federico Blume y la tesis del arma submarina como elemento principal en la defensa de costa



Capitán de Navío
FRANCISCO YÁBAR ACUÑA
Director de la Escuela Nacional
de Marina Mercante del Perú

El Perú tiene añeja tradición en el uso del arma submarina, y Federico Blume es, sin duda, el pionero de esta singular tradición.

Federico Blume Othon nació en 1831 en la isla de Santo Tomás (Antillas Danesas); su padre era alemán y su madre, doña Manuela Othon y Alcalá, era venezolana, prima hermana de Antonio José de Sucre y Alcalá, vencedor de Ayacucho. Blume estudió en la Escuela Industrial de Berlín y en el Politécnico de Hannover donde se graduó de Ingeniero Hidráulico y de Ferrocarriles. Trabajó en los Estados Unidos y en Chile construyendo vías férreas. Finalmente llegó al Perú donde participó en la construcción de los ferrocarriles de Arica a Tacna, Arequipa a Mollendo, Ancón a Chancay y de Paita a Piura; además construyó los puentes de Chillón y Pacasmayo.

Blume contrajo matrimonio en el Perú con doña Enriqueta Corbacho y Abril y cuando en 1864 la Expedición Científica española se presentó en nuestras costas, Blume construyó un modelo de sumergible, ofreciéndolo al gobierno peruano para que sea utilizado contra los invasores. Lamentablemente no se dio la debida importancia al proyecto y los planos fueron a parar a manos extrañas: "se había abusado de la buena fe del señor Blume porque al poco

tiempo, en La Punta, un español hacía el ensayo de un aparato para navegar debajo del agua que no dio buen resultado"[1].

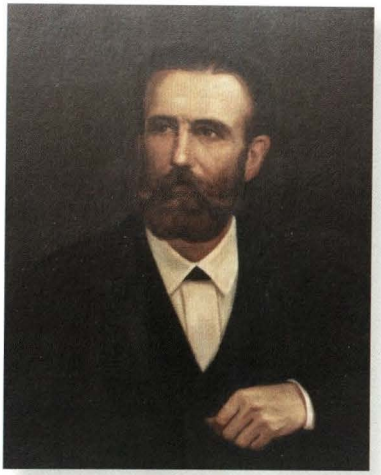
Pese al desagradable desenlace del primer proyecto, al estallar la Guerra del Pacífico, Blume insistió en la construcción del sumergible y en octubre de 1879 tenía listo en Paita un nuevo prototipo, sumergiéndose en él por treinta minutos ante la atónita mirada de los testigos del histórico acontecimiento. Aquel día, 14 de octubre de 1879, nació en la tierra de Grau la tradición submarinista en el Perú.

Los experimentos que realizó Blume con el sumergible en el puerto del Callao en 1880 y a principios de 1881 son parte de la historia de la Guerra del Pacífico[2]. Sólo mencionaré en esta oportunidad que las autoridades del momento no le prestaron la debida atención y, cuando finalmente entendieron su importancia, se había perdido la oportunidad de usarlo y debieron hundirlo el 16 de enero de 1881 para evitar su captura. El sumergible, finalmente, fue reflotado por el enemigo y llevado a Chile donde tampoco se le utilizó.

La guerra externa continuó hasta octubre de 1883 y la guerra civil que enfrentó a los generales Andrés A. Cáceres y Miguel Iglesias siguió hasta 1886, dejando a su paso una secuela de muerte y destrucción que postró al Perú por décadas. Con la economía aniquilada por la guerra, con escasas fuentes de financiamiento y con el dolor de haber perdido miles de vidas en casi una década de luchas, los gobiernos que tuvieron a cuestas la dura tarea de reconstruir el país poco pudieron hacer entre 1886 y 1895 para solucionar el problema. Evidentemente, en esta difícil coyuntura, los recursos destinados a las Fuerzas Armadas fueron casi exclusivamente destinados a pagar los sueldos de un diminuto cuerpo militar y algunas pensiones a los deudos de quienes murieron defendiendo su patria, viéndose el Estado prácticamente imposibilitado en adquirir elementos de guerra para levantar un nuevo Ejército y una Armada respetable. Nuestro único buque de guerra en aquel entonces fue el recordado crucero *Lima* que llegó al Perú en 1889, el mismo que había sido adquirido en Alemania durante la guerra con el nombre de *Sócrates* pero que fue retenido en Inglaterra junto a otro buque similar, el *Diógenes*, aduciendo las autoridades británicas que, por efectos de la neutralidad que debían respetar, los buques no podían navegar al Perú mientras la guerra contra Chile no hubiese terminado. Para cuando llegó al Perú el crucero *Lima*, su anticuado diseño frente a los modernos buques que adquirían nuestros antiguos rivales lo hacían obsoleto.

Pero Federico Blume no cejó en ofrecer al Perú el producto de su ingenio. La carta inédita que hoy publicamos en la *Revista de Marina* muestra su preocupación por la suerte de su patria adoptiva y su confianza en poder lidiar el

problema de la falta de recursos supliendo la falta de buques con el empleo del arma submarina.



Federico Blume, pionero de los sumergibles en el Perú.

En el documento, una carta personal dirigida por Federico Blume al general Manuel Velarde, entonces candidato al Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas durante la presidencia del general Remigio Morales Bermúdez[3], el autor nos revela su percepción de la realidad geopolítica de nuestro entorno a finales del siglo XIX, con la crudeza propia que le proporciona la oportunidad de escribir en privado a un amigo, percepción que debió compartir con los peruanos de su generación y que muestra una profunda inquietud por la amenaza que significaba para el Perú el no contar con una escuadra capaz de siquiera disuadir un ataque de Chile, que en aquel entonces se presentaba como una potencia naval hegemónica en el Pacífico americano.

La idea de Blume del empleo de sumergibles se puede rastrear en los proyectos de defensa de costa de los Estados Confederados de América durante la Guerra Civil estadounidense y a las propuestas que hiciera en 1869 el coronel sudista Viktor Von Sheliha al reino de Prusia en su libro *A Treatise on Coast Defence*. Este tipo de defensa de costa basado en minas, torpedos, sumergibles y artillería de grueso calibre, también contemplaba una adecuada línea de comunicaciones telegráficas y de vías férreas, con las que se pudiese informar sobre la amenaza en un determinado punto geográfico y el debido envío de refuerzos al lugar deseado.

Ciertamente, el uso de tecnología de punta aplicada en rápidos cruceros y torpederas, minas y sumergibles contra una flota de desembarco o los grandes acorazados que conformaban las armadas de las principales potencias navales del mundo fueron la base de la llamada *Jeune Ecole*, corriente francesa de pensamiento estratégico de fines del siglo XIX que en parte se contraponía a la de Alfred T. Mahan –que propugnaba la necesidad de una flota compuesta por acorazados capaces de decidir el control del mar en una batalla decisiva–, pero la *Jeune Ecole* era en realidad una teoría aplicable a potencias con menores recursos e incapaces de competir con las más fuertes en igualdad de condiciones.

Pienso que Blume, al igual que Von Sheliha, se adelantaron en pensar la utilidad que brindaría un arma silenciosa y difícil de detectar, cuya eficacia recién se comprobaría en la Primera Guerra Mundial. Queda también claro que para 1893 Blume seguía los principios de la *Jeune Ecole*, escuela de pensamiento estratégico que introdujeron pocos años después los franceses en la Armada Peruana y que se tradujo –antes de la Gran Guerra– en la adquisición de dos cruceros, dos sumergibles, un cazatorpedero y un acorazado, naves que por sus características podría afirmarse que componían una escuadra estructurada de acuerdo a los principios de la *Jeune Ecole*.

TRANSCRIPCIÓN DE LA CARTA DE FEDERICO BLUME DEL 7 DE MARZO DE 1893[4]

Lima, 7 de marzo de 1893.

Sr. General Don Manuel Velarde

Presente.

Mí estimado amigo:

Lo que le voy a decir podría decírselo de viva voz, pero quiero que conste para más tarde; así le conviene a U. y a mí. Pero por ahora esta comunicación es privada, íntima y estrictamente reservada, cualquiera que sea la opinión que de su objeto se forme U.

Decir que el Perú está humillado y que es casi imposible salir de ese estado, es repetir lo que todo el mundo sabe.

Decir hasta dónde avanza Chile no sería difícil en vista de que en el mundo no predomina el derecho sino la fuerza.

Puede el Perú portarse con toda la prudencia posible, no por eso se libraría en el momento menos pensado de una invasión.

En una cuestión entre la Argentina y Chile, por ejemplo, puede la primera pedir al Perú su auxilio y también Chile y no contentarse con la neutralidad.

¿Por qué se inició la guerra anterior? El pretexto fue que el Perú no se quería declarar neutral. Esta vez puede servir de pretexto igual cosa, o quizás el resistirse el Perú a declararse hostil a la Argentina, a Bolivia o a quien quiera Chile.

De alianzas nada se puede esperar. A las grandes Naciones nada les importa al Perú; y de las Naciones Sud-americanas nada podría esperar el Perú si no de las que tienen escuadra, que no son más que dos, fuera de Chile, el Brasil y la Argentina.

El Brasil es enemigo natural, y aliado obligado de Chile.

La escuadra Argentina no se basta para pelear con Chile y defender mil millas de Costa Peruana.

Está pues el Perú abandonado a sus propios recursos.

La defensa en tierra no es imposible, ni son decididas las probabilidades a favor de Chile.

En cada una de la batallas estuvo el Perú a punto de ganar. Eso, como militar lo sabe U. mejor que yo.

Pero en un país accesible en una larga costa desierta casi, en donde no se puede ir de un punto a otro rápidamente sería necesario un inmenso ejército para guardar todas las avenidas. La cosa es impracticable y es evidente que el Perú sin una escuadra, al menos igual a la de Chile; tiene que abandonar toda idea de defensa y por supuesto de ataque y de alianzas.

Una condición más triste para una nación no es imaginable, y la conciencia de tal estado nacional debe desmoralizar a viejos y jóvenes y matar así el espíritu de ellos con el tiempo todo sentimiento noble. Ser prácticamente esclavos, y ¿de quién? Es equivalente a engolfarse, lo que queda cuando ya no existe el sentimiento de la propia dignidad, en comer, beber, fornicar y ganar plata aunque sea cortándole el pescuezo a su propio padre.

Le diré que no hay remedio y así parece.

En efecto la cuestión "Escuadra" no sólo es cuestión de mucho dinero para comprarla sino de mucho dinero para defenderla por medio de fortificaciones, para sostenerla, y en este último orden Chile se verá pronto en apuros si tanto ese país como la Argentina siguen armándose.

En la falta de dinero estriba ante todo la humillación y la disolución inevitable del Perú.

Parece pues que debe el Perú resignarse a ser un país de esclavos abyectos de Chile.

¿Y si aún así le place al amo algún día levantar el látigo y desollar al esclavo?

Debe aguantar los azotes, besar la mano del verdugo y dar las gracias, y hasta pedir que le den más.

Pero hasta el más miserable esclavo encuentra a veces medios de defensa.

¿Cuáles pueden ser esos medios? Aquellos de que Dios se valió, según dicen los sabios, para hacer el mundo de la nada – la inteligencia.

¡Es agarrarse de poco! ¿Y yo de qué me estoy agarrando desde hace tanto tiempo? ¡De algo más metafísico aun "del tiempo"! Es mi única tabla de salvación; ¡y cuidado que mis enemigos son muchos, poderosos y decididos!

¿Y por qué no agarrarse de la "Inteligencia" o del "Ingenio" si U. quiere?

¿Quiénes son los que han hecho adelantar últimamente el arte de la guerra y de la marina. Los inventores. ¿Y por qué pararse y creer que los blindados y cañones son la última palabra?

Ya comprenderá U. a dónde voy dar – a mi bote submarino.

La idea de tal bote, como sabe U., la tengo desde la guerra con España en 1864. Entonces se me robó la idea, se ensayó y salió bien, hasta donde yo había predicho.

En 1879 con motivo de la guerra con Chile volví a mi idea. Salió bien, como lo prueba el hecho de haberme levantado de 12 brazas de agua con un aparato de 30 toneladas y casi lleno de agua debido a un descuido.

Es un hecho que navegue frecuentemente bajo el agua, completamente invisible.

Sabe U. que la comisión de Peritos nombrada por Piérola le declaró que no tenían la más mínima duda del éxito después de lo que habían visto en el Callao y de lo que sabían había yo hecho en Paita.

La invención no fracasó como tal, sino que faltó tiempo, debido a la ineptitud de Echegaray[5], quien dejó el aparato largo tiempo anclado sin hacerle caso, y después quiso utilizarlo a última hora.

Como en éstas cosas la sencillez contribuye al éxito, he estado desde entonces cavilando acerca del modo de hundirme y sostenerme donde

quiera, a cualquier profundidad, sin usar agua ni lastre, y hace años tenía resuelto el problema.

Hoy no tengo necesidad de bombas ni estanques ni de dejar entrar una sola gota de agua al bote.

Todo se hace en seco y con una seguridad y elegancia extraordinaria.

Mi nueva idea es sencilla por demás y de fácil ejecución.

Trae además consigo la ventaja de poder reducir el diámetro del bote, con lo que ofrece menos resistencia al avanzar.

No uso maquinaria sino hombres para mover el bote.

Debo advertir que con el bote no puedo hacer un viaje largo para ir a atacar. Pero si en cada puerto y caleta se mantienen dos o más botes el desembarque de tropas es imposible, porque la destrucción de los buques, de día de o noche es segura e inevitable de parte del enemigo.

A no ser que en una nueva invasión se prosterne humildemente el Perú creo que es mejor contar siquiera con algún medio de defensa.

Impidiendo el desembarque aunque sea en las caletas y puertos y vigilando la costa la defensa no es imposible.

El bote puede navegar de un puerto a otro; la única dificultad para largas navegaciones en la costa enemiga es la falta de provisiones, que al fin se agotarían.

Para poner en práctica la idea la principal dificultad que veo es el modo de conservar el secreto.

Hay que trabajar en una factoría y hay que emplear extranjeros.

Se me ha ocurrido usar mi factoría en Paita; ¿pero cómo asegurar el secreto?

Es cierto que aunque el enemigo lo sepa no puede evitar el ataque; pero es mejor que no lo sepa.

Hay algo más contra el uso de la factoría de Paita. En mis relaciones con la Corporación y mis acreedores no sé hasta cuando podré contar con esa factoría.

Pero si el gobierno puede asegurarme por algún año contra el despojo del ferrocarril yo podría trabajar allí tranquilamente.

Creo que en 5 meses puede estar listo un bote.

El costo no pasaría de 5,000 soles, quizás menos.

Por S. 100,000 se podrían hacer 20 botes o algo más.

Se podría organizar y ejercitar un cuerpo de unos 100 jóvenes patriotas y entusiastas para ese servicio.

Un desastre es imposible en el nuevo aparato.

Al Perú no le pido nada. Dinero rechazaría, honores no necesito.

Pero si el Perú no quiere proceder yo quedaría en libertad de vender mi invención a algún país que no fuera Chile.

Como U. es hombre ocupado avíseme de antemano cuando puede U. venir para mostrarle en la tina en lo que consiste la cosa.

Si le parece practicable bien, y si no U. me guardará el secreto, pues puede ser, será, el porvenir único quizás de mi familia.

No quiero tener nada que hacer con comisiones ni con nadie, sino con U.

Si no llega U. al ministerio tampoco digo nada, porque ya sé que a todo inventor se le mira de reojo y se le suponen objetos ocultos.

U. me conoce y puede comprometerme.

Suyo Afectísimo

F. Blume

Bibliografía

1 Eduardo Guillermo Pastor (1922, 8 de octubre). El submarino de Blume. *El Comercio*.

2 Véase una relación detallada en: Francisco Yábar (2001). *Las Fuerzas Sutiles y la Defensa de Costa durante la Guerra del Pacífico*. Lima: Dirección de Intereses Marítimos.

3 El general Manuel Velarde fue nombrado Ministro de Gobierno, Policía y Obras Públicas el 3 de mayo de 1893.

4 Carta encontrada en el archivo del Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia del Perú.

5 Echegaray fue el Secretario de Fomento de Piérola el año de 1880 y tuvo a su cargo a los Ingenieros del Estado que se ocuparon de construir las defensas de Lima. Echegaray –que no era marino ni militar– desconocía las ventajas del arma submarina y prestó muy poca atención al submarino de Blume.